

# UNA MANERA DE VIVIR

En este mes y medio que Juan Gelman está preso en la cárcel de Villa Devoto "a disposición del Poder Ejecutivo", como dice la jerga jurídica que los gobiernos argentinos han descubierto para encubrir la permanente violación de la norma jurídica. Nadie puede saber por qué está preso, por qué se le mantiene en la cárcel sin ser juzgado. En el clima de constantes suspicacias argentinas, se pensó que ser co-responsal de la Agencia Sinjuá podía ser un delito, pero a esta altura es más verosímil pensar que está preso simplemente porque es un valioso poeta, porque ha cantado el amor, la inocencia de los niños, la fraternidad emocionante de los hombres, la paz, la esperanza de la justicia, porque dijo en su libro inicial que "la poesía es una manera de vivir", y él ha vivido esa poesía que es vida auténtica.

Para presentar su primer libro, *Violín y otras cuestiones*, el viejo editor de la renovación poética argentina, Manuel Gleizer ofreció su sello editorial, y Raúl González Tuñón lo prologó con fervor: "En su libro palpita un lirismo rico y vivo y un contenido principalmente social, pero social bien entendido, que no elude el lujo de la fantasía. Juan Gelman no es un evadido de la realidad, como desearían los teóricos reaccionarios de un artepurismo imposible; ni tampoco un "editorialista en verso", un simple propagandista, como querían que fuera los agrios críticos sectarios, los que ignoran que en la conciencia del poeta, del creador, habrá siempre un terreno inalienable que no podrá ser hollado".

En ese breve libro ya están algunos rasgos definitivos de su lírica, y no es de sus menores calidades la actitud de sinceridad y llaneza con que crea una poesía que representa a un hombre joven en su auténtica circunstancia vital. Este poeta ha leído con adhesión entera a César Vallejo, ha recorrido la esgrima verbal de la renovación poética pero ha pretendido salvar de la dislocación sensorial, tal como el peruano, una cosmología humanística, una dicción inteligible para un vasto conjunto de hombres.

Esto que tengo de niño fundamental  
se me rebela, quiere  
llorar en los rincones, desgarrarse  
la frente, la mejilla,  
evadir el cuaderno donde dice  
ermá con leiras tiernas  
y hay una dulce vaca de tres patas.

El tema del niño, de la ternura viva en la infancia, el tema de la inocencia que ha de recoger como una corriente nostálgica sus libros posteriores, está aquí, tocado con una decisión audaz. Se piensa que las convenciones "negras" de la época exigen el escepticismo o el sarcasmo en poesía que aparece. Tres años después, en *El juego en que andamos*, podrá decir:

El niño que toquen la inocencia,  
la atraz con un palo,  
la enciende la cara con el duro furor,  
indolente cre la mano sobre el niño.  
Es hay verdad más armada que la pura inocencia.

Este tema del niño será también el del hijo y se anudará inextricablemente con el gran tema de Gelman: el del amor. Porque él es, en el torbellino y cínico mundo uruguayano, un auténtico poeta del amor, que ha de encontrar y realzar maravillosamente la vida compartida. La mujer comienza la mujer que, como en el ejemplo admisible de Aragón, preside en luz y gracia la vida del hombre:

Entierrame la sombra, lávame con ceniza, cávame  
[del dolor, límpiame el aire:  
yo quiero amarte libre.

Tú destruyes el mundo para que esto suceda,  
tú comienzas el mundo para que esto suceda.

Así decía en su más melancólico libro, *Velorio del solo*, y ahora, en este último, su más maduro y dramático ejercicio poético, *Gotán, niño, mujer, amor, ternura, casa*, se resuelven en un solo árbol de efímera dicha:

De la violencia madrugada  
un hombre entra a su casa y el oír de sus hijos  
le golpea la cara, los olvidos, la furia,  
ahora cierra la puerta con doble llave  
y se saca la gafa, la ropa con cuidado,  
apaga los gritos de la camisa  
o los ojos del camarada que brillan en la cárcel  
y oye cómo se mueve la ternura en la pieza,  
bajo sus ramas dormirá todavía una noche,  
bajo sus ramas yacerá cuando caiga.

No es la poesía del erotismo; es la del enamoramiento, y en esta circunstancia vital se inscribe su cosmovisión humana y estética. Porque el amor de la mujer y el del niño, son formas particulares de una visión afectiva de la realidad entera. Si el mundo real existe para él, es en la medida en que se enamora de las cosas, de los seres humanos, de los paisajes urbanos, y en la medida en que desde todos ellos revierte sobre él un eco enamorado. La nota de estremecida calidez que resuena en su verso, las dos grandes ocupaciones de su poesía —la vida de los hombres, su entrañable ciudad— emergen de esta comunicación afectiva, dolida, que otorga estructura, sentido al mundo.

González Tuñón elogiaba en su primer libro, el poema "El caballo de la calesita", poema de aire ingenuo, donde un sonsonete infantil permitía captar el movedizo y contradictorio universo en que se movía el poeta:

Trajín, ciudad y tarde buenos aires,  
Aire de plaza, ruido de tranvía,  
(Galopando una música de tango  
gira el caballo de la calesita).

Ese tango se ha hecho "gotán", ha inflexionado el ritmo de los versos, ha conmovido la estructura afectiva de los poemas, pone una música permanente a las páginas de su último libro, donde un título inmortal, "Mi Buenos Aires querido", adquiere esta letra:

Sentado al borde de una silla desfondada,  
mareado, enfermo, casi vivo,  
escribo versos brevemente llorados  
por la ciudad donde nací.

En pocos poetas argentinos puede seguirse el proceso vital de esa ciudad con tan estricta expresión artística: de esa ciudad en cuanto ella no es sólo calles y casas sino una sociedad en un trance revuelto, casi agónico, a la que el poeta concurre para enderezarla, para remediarla, pero también primero que todo para quererla. El peligro de un "editorialismo en verso", como decía Tuñón, desaparece de inmediato cuando, por un rasgo de terca sinceridad, el poeta es capaz de medir aun lo malo, dentro de la coordenada general de afectividad que lo rige. Y lo dice bien, en *El juego en que andamos*:

Si me dieran a elegir, yo elegiría  
esta salud de saber que estamos muy enfermos,  
esta dicha de andar tan infelices.

Si me dieran a elegir, yo elegiría  
esta inocencia de no ser un inocente,  
esta pureza en que ando por impuro.  
Si me dieran a elegir, yo elegiría  
este amor con que odio,  
esta esperanza que como panes desesperados.  
Aquí pasa, señores,  
que me juego la muerte.

Es explicable entonces que por sus poemas pasen, en un abrazo fuerte, jornaleros desocupados, los inmigrantes de la ley 4144, el testamento de un soldado nicaragüense, un accidente en la construcción, el entierro de un niño, las montañas de zapaticos de pibe en un campo de concentración nazi, María la sirvienta, Pedro el albañil, y muchas veces, con alta voz, Cuba sí, y Fidel y Camilo Cienfuegos. Y es explicable también que vallejianamente diga esa verdad cotidiana de hombre de estas tierras, de hombre que espera y desespera:

Toda la bisutería poética subiendo la escalera,  
el do de pecho, el dol de pecho, el-dolorazo  
patrón del pecño y sus adjuntos  
no alcanzan, nada sobran  
para el infeliz que regresa a su casa a medianoche  
Y repite obsesivo una palabra:  
revolución, revolución.

Su último libro, si no cede a la desesperación —hay una confianza soterrada en toda la poesía de Gelman que pone una lucecita al final de todo laberinto— cede a la furia que pone en su verso una fracturación dramática, una quebrada que no es sólo de tango, sino de una nueva austera violencia. El amor, la revolución, la infancia, la poesía misma se contraen con furia, se dislocan, y por primera vez el poeta preside su materia y la dirige con tenso nerviosismo. En "El facto y los poetas" se le ve revolverse contra la pasividad elegiaca de los versificadores, ajenos al mundo que se trastorna a su alrededor:

Los poetas se mueren de vergüenza  
ningún decreto los prohíbe,  
ninguna radio los calumnia,  
los poetas se mueren de vergüenza.  
Alguna vez, de noche,  
se ve pasar un poeta con camello,  
ubro de pétalos con crama espaminostas,  
lástima, lástima, dicen las vecinas,  
porque era un buen muchacho.

Si, como dijo al iniciar su carrera lírica, "la poesía es una manera de vivir", es casi natural que Juan Gelman esté ahora en la cárcel, porque ha vivido, en este mundo real de su país, en este otro mundo real de la poesía, con valor, con ternura viril, con autenticidad, artista y hombre cabal. Él es, personalmente, un porteño de un nuevo estilo: callado, atento, curioso, con un aire tranquilo, una sonrisa que da y recibía simpatía, esas caras limpias que irradian limpieza y un fervor contenido, y una alegría mansa, que desborda. No puedo imaginármelo en Villa Devoto donde está desde hace mes y medio, y este hecho, que un hombre así, un poeta así, esté en la cárcel, a mí me explica, mejor que diez volúmenes, la monstruosa irrisión de un régimen político.

ANGEL RAMA.

*Violín y otras cuestiones*, ediciones Gleizer, 1956, 76 ps.; *El juego en que andamos*, Nueva Expresión, 1969, 37 ps.; *Velorio del solo*, Nueva Expresión, 63 ps.; *Gotán*, ediciones Horizonte, 1962, 43 ps.